

# Marco teórico

## *Gatekeeping*

### Los cimientos del *gatekeeping*: David White

La teoría del *gatekeeping* tiene sus raíces en el trabajo de David Manning White, quien en 1950 realizó un estudio fundamental sobre cómo los editores de noticias deciden qué información llega al público. En su artículo titulado «*The Gatekeeper: A Case Study in the Selection of News*», White examinó el proceso mediante el cual un editor de noticias, a quien llamó «Mr. Gates», seleccionaba y filtraba el contenido que finalmente sería publicado en un periódico local. El editor retenía una gran cantidad de material de agencias de noticias, y sus decisiones para rechazar o aceptar una historia dependían principalmente de sus juicios subjetivos. White descubrió que aproximadamente el 90% del contenido era rechazado por motivos que incluían tanto preferencias personales del editor como consideraciones prácticas, como la falta de espacio en el periódico.

Lo más revelador de este estudio fue que White concluyó que el proceso de *gatekeeping* estaba profundamente influenciado por las experiencias, actitudes y expectativas personales del editor. Mr. Gates descartaba noticias por ser, en su opinión, «poco interesantes», «sensacionalistas» o «demasiado difusas», decisiones que reflejaban su propio conjunto de valores más que un criterio objetivo (Manning White, 1950). Esta subjetividad en la selección de las noticias fue clave para establecer que el control sobre los flujos de información en los medios tradicionales dependía en gran medida de las preferencias individuales de los *gatekeepers*, en lugar de responder a una lógica puramente informativa o neutral.

El estudio de White sentó las bases para comprender cómo los *gatekeepers* en los medios de comunicación ejercen un control significativo sobre lo que el público conoce y lo que permanece invisible. Este proceso de selección, en última instancia, configura la realidad mediática al decidir qué hechos son dignos de ser reportados.

Para los fines de este TFG, el concepto de *gatekeeping* no se limita a la figura de un editor individual dentro de un medio de comunicación, sino que se refiere al proceso general mediante el cual los propios medios seleccionan, filtran y organizan la información que llega al público. En este contexto, los medios de comunicación actúan como curadores de información, decidiendo qué hechos, noticias o eventos son considerados dignos de ser reportados y difundidos.

### El *gatekeeping* en la actualidad

Acercando el *gatekeeping* al contexto de la actualidad, es fundamental reconocer cómo este proceso ha evolucionado y se ha adaptado a los cambios en los medios de comunicación. Mientras que la teoría original de David White en 1950 se centraba en decisiones editoriales individuales, hoy el *gatekeeping* es un proceso más amplio y complejo, influenciado por dinámicas organizacionales, tecnológicas y sociales. Esta visión contemporánea, desarrollada por Shoemaker y Vos, expande el concepto para explicar cómo los *gatekeepers* actuales siguen moldeando la realidad social, particularmente en el contexto de un flujo de información cada vez mayor y más diversificado.

El *gatekeeping* sigue siendo un proceso central en la creación de la realidad social, donde los *gatekeepers*, como periodistas y medios de comunicación, juegan un papel crucial al seleccionar y moldear la información que llega al público. Este proceso no solo decide qué eventos y temas son cubiertos, sino también cómo se presentan, influyendo directamente en la percepción pública. Shoemaker y Vos destacan que los medios filtran una enorme cantidad de información, reduciéndola a un conjunto manejable de mensajes que terminan moldeando la realidad social que la audiencia percibe. A través de esta selección, los *gatekeepers* determinan no solo qué información es considerada importante, sino también la forma en que esa información se representa, afectando tanto el contenido como la naturaleza de los mensajes transmitidos (Shoemaker & Vos, 2009, p. 1).

La importancia del *gatekeeping* radica en su capacidad para influir en los pensamientos y actitudes del público, al decidir qué temas reciben atención y cuáles se omiten. Esta filtración de información tiene el poder de incluir ciertos

hechos y excluir otros, lo que significa que aquello que pasa por los *gatekeepers* puede llegar a formar parte de la realidad social de las personas, mientras que lo que no lo hace queda fuera del conocimiento público. Esto afecta la percepción del público sobre la importancia de ciertos eventos, temas o actores, otorgando a los *gatekeepers* un rol central en la construcción de lo que se entiende como «realidad» en un contexto mediático (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 2-3).

El proceso del *gatekeeping* no se limita únicamente a la selección de información, sino que también abarca cómo esa información es modificada y enmarcada antes de ser presentada al público. Shoemaker y Vos destacan que, una vez que la información pasa a través de los *gatekeepers*, su contenido no permanece intacto; más bien, es transformado para ajustarse a los contextos, normas y agendas de quienes gestionan su difusión (Shoemaker & Vos, 2009, p. 23). Este proceso, que incluye la reorganización, reducción o ampliación de los mensajes, resulta fundamental para moldear la realidad que el público percibe.

La modificación de la información, de acuerdo con Shoemaker y Vos, tiene lugar en varios niveles del proceso comunicativo. A medida que la información atraviesa diferentes puertas, los *gatekeepers* toman decisiones sobre cómo presentarla, qué aspectos resaltar y cuáles minimizar. Estas decisiones no solo determinan qué información llega al público, sino también cómo se estructura y qué interpretación puede derivarse de ella. El modo en que los mensajes son enmarcados y transformados afecta profundamente la manera en que la audiencia recibe, entiende e interpreta los hechos (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 24-25).

Por otra parte, el *gatekeeping* en las organizaciones de medios desempeña un papel fundamental en la manera en que las noticias son seleccionadas y transmitidas al público. Shoemaker y Vos señalan que, además de las decisiones individuales de los periodistas, los procesos organizativos y las rutinas establecidas dentro de las instituciones mediáticas influyen directamente en la filtración de la información. Estos factores organizativos, como las jerarquías internas y las políticas editoriales, determinan qué historias son seleccionadas, cómo se priorizan ciertos temas y qué enfoque reciben (Shoemaker & Vos, 2009, p. 83). Las rutinas diarias de los medios y sus necesidades de producción afectan también la forma en que se presenta la

información, lo cual impacta directamente en la visión que el público tiene de la realidad.

Asimismo, las decisiones que se toman dentro de estas organizaciones no solo afectan qué hechos son considerados importantes, sino también el tratamiento que se les da. Las noticias no solo se seleccionan, sino que son transformadas y enmarcadas según las prioridades de la organización, creando una narrativa que influye en la interpretación final del público. Estos mecanismos de control y filtrado organizativo resaltan la importancia de entender el *gatekeeping* como un proceso más amplio que no depende exclusivamente de la subjetividad de los individuos, sino que está profundamente enraizado en las dinámicas estructurales de las organizaciones mediáticas (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 84-85).

Por último, en el análisis de los factores de influencia en el *gatekeeping*, Shoemaker y Vos destacan las diversas presiones y limitaciones externas que impactan el proceso de filtración de la información. Entre estos factores se encuentran las ideologías predominantes, los intereses comerciales, las relaciones con anunciantes y las presiones políticas, que pueden influir en las decisiones de los *gatekeepers* sobre qué noticias o eventos reciben cobertura y cómo se presentan al público (Shoemaker & Vos, 2009, p. 109). Estas fuerzas externas pueden sesgar la selección de la información y afectar la manera en que se enmarca, haciendo que ciertas historias ganen visibilidad mientras que otras se minimizan o son excluidas.

Los intereses comerciales, por ejemplo, juegan un papel significativo en la toma de decisiones dentro de las organizaciones mediáticas. La necesidad de mantener relaciones con anunciantes o de atraer audiencias más amplias puede llevar a que ciertos temas se prioricen en detrimento de otros, independientemente de su relevancia social o periodística. Además, las presiones ideológicas y políticas también influyen en estas dinámicas, ya que las organizaciones mediáticas pueden verse condicionadas por los contextos sociopolíticos en los que operan, adoptando posiciones editoriales que refuercen o desafíen determinados puntos de vista (Shoemaker & Vos, 2009, pp. 110-111).

Este análisis subraya cómo el *gatekeeping* no ocurre en un vacío, sino que está en constante interacción con múltiples factores externos que lo condicionan. Comprender estas influencias es esencial para analizar la manera en que la información se selecciona y modifica, y, por consiguiente, para entender cómo se construyen las narrativas que llegan al público tras las múltiples capas del proceso de filtrado de información en los medios de comunicación.

## Inteligencia colectiva (Pierre Lévy)

La inteligencia colectiva es un concepto desarrollado por Pierre Lévy en su obra *Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio* (1994). Según Lévy, este término se refiere a la capacidad de una comunidad de individuos para colaborar y construir conocimiento compartido, a partir de la idea de que «nadie lo sabe todo, todo el mundo sabe algo» (Lévy, 1994, p.19). La clave del concepto reside en la noción de que el conocimiento está distribuido en todas partes y puede ser movilizado mediante la colaboración y la comunicación constante entre los miembros de una comunidad.

Lévy define la inteligencia colectiva como «una inteligencia repartida en todas partes, valorizada constantemente, coordinada en tiempo real», cuyo propósito es «el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo de las personas» (Lévy, 1994, p. 19). A diferencia de las formas tradicionales de conocimiento, centralizadas y jerárquicas, donde el saber se concentra en instituciones o en expertos, la inteligencia colectiva se construye de manera descentralizada y fluida. Este enfoque promueve el intercambio constante de saberes, lo que permite a los individuos aprender unos de otros y aprovechar sus competencias de forma coordinada.

Una de las características principales de la inteligencia colectiva es su distribución del conocimiento. En este modelo, el saber no pertenece exclusivamente a una institución, autoridad o individuo específico, sino que está distribuido en todas partes. Cada persona posee una parte del conocimiento que, cuando se combina con el de los demás, contribuye al enriquecimiento colectivo de la comunidad. Lévy subraya que la inteligencia colectiva «valora las competencias de cada individuo» y

permite que las diferencias y especialidades personales se transformen en un recurso para todos (Lévy, 1994, p. 22).

La coordinación en tiempo real es otro aspecto fundamental de este concepto. Lévy enfatiza que las tecnologías digitales y de la información juegan un papel crucial en la capacidad de coordinar y movilizar la inteligencia distribuida. Las plataformas digitales permiten que las personas interactúen y colaboren en tiempo real, sin las limitaciones de la geografía o el tiempo. De este modo, el ciberespacio se convierte en un espacio virtual en el que los individuos pueden compartir, evaluar y mejorar continuamente la información y el conocimiento (Lévy, 1994, p. 22). Este tipo de coordinación es clave en la construcción de conocimientos que evolucionan de manera dinámica y flexible, adaptándose a las nuevas aportaciones que surgen.

Otro elemento clave en la teoría de Lévy es el aprendizaje recíproco. Cada miembro de una comunidad de inteligencia colectiva aporta sus competencias y conocimientos específicos, pero también aprende de los demás. Este proceso de intercambio continuo de saberes asegura que todos los participantes se beneficien del conocimiento del grupo y contribuyan al crecimiento colectivo (Lévy, 1994, p. 35). Lévy señala que este tipo de aprendizaje no sigue un esquema jerárquico tradicional, sino que es horizontal y colaborativo, lo que le da a la inteligencia colectiva una naturaleza abierta y democrática.

Además, el aprendizaje recíproco promueve la flexibilidad y la adaptación, ya que las competencias individuales pueden cambiar o expandirse en función de la interacción con otros. Este aspecto es esencial para la dinámica de la inteligencia colectiva, que se basa en la interdependencia y la cooperación entre los individuos. Lévy subraya que no se trata de una suma mecánica de conocimientos, sino de un proceso en el que las competencias se «valorizan» y «enriquecen» mutuamente (Lévy, 1994, p. 35).

Lévy también hace una importante distinción entre la inteligencia colectiva y lo que él llama inteligencia mecánica. En la inteligencia mecánica, los comportamientos individuales se coordinan de manera programada y sin reflexión consciente, como ocurre en los enjambres de insectos o en los sistemas altamente automatizados.

En cambio, la inteligencia colectiva humana es consciente, culturalmente informada y socialmente estructurada (Lévy, 1994, p. 20). Lévy ilustra esta diferencia utilizando la metáfora del hormiguero: aunque las hormigas generan un comportamiento global inteligente, no son conscientes de sus acciones ni de su relación con las de las demás. En la inteligencia colectiva humana, los individuos son plenamente conscientes de su participación en el proceso de colaboración y pueden reflexionar y adaptar sus contribuciones en función del contexto y los aportes de los demás.

Un aspecto fundamental que Lévy destaca es la idea de que las identidades en la inteligencia colectiva no están fijas ni definidas por un estatus social o una jerarquía preestablecida. En lugar de ello, las identidades se transforman continuamente en función de las competencias y conocimientos que los individuos aportan a la comunidad. La inteligencia colectiva permite que las personas se redefinan constantemente a través de su interacción con los demás, lo que facilita la pluralidad de saberes y la inclusión de múltiples perspectivas (Lévy, 1994, p. 36).

Este dinamismo en la construcción de identidades contribuye a la flexibilidad del proceso de creación de conocimiento, ya que no existen barreras rígidas entre los que poseen el conocimiento y los que lo adquieren. Todos los participantes pueden contribuir en función de sus habilidades, sin que existan restricciones basadas en su posición social o profesional.

Otro principio clave de la inteligencia colectiva es que la construcción del conocimiento no es un proceso lineal ni jerárquico, sino un fenómeno emergente que resulta de la interacción constante entre los miembros de la comunidad. Lévy subraya que el conocimiento colectivo se evalúa y reevalúa continuamente, lo que permite que evolucione y se adapte a las nuevas circunstancias y aportaciones (Lévy, 1994, p. 38). Este proceso es fluido y dinámico, ya que el conocimiento no se congela en estructuras fijas, sino que se mantiene en constante movimiento.

La inteligencia colectiva opera en un espacio compartido de conocimiento, que Lévy denomina “universo virtual de conocimientos” (Lévy, 1994, p. 45). Este espacio es esencialmente una plataforma donde las personas pueden colaborar y

compartir información de manera transparente y abierta. Aquí, el conocimiento no solo se transmite, sino que también se reconfigura constantemente a medida que los individuos interactúan entre sí y aportan nuevas perspectivas. La inteligencia colectiva no se limita a la acumulación de datos, sino que promueve la transformación continua del saber, evidenciando la dinámica misma de las interacciones sociales y tecnológicas.

Uno de los puntos más innovadores de la teoría de Lévy es la relación entre la inteligencia colectiva y la tecnología. Lévy argumenta que las tecnologías digitales han transformado profundamente la manera en que se genera y se comparte el conocimiento. En su obra *Cibercultura* (1997), amplía esta idea, señalando que las redes tecnológicas son el espacio donde la inteligencia colectiva puede florecer. Las herramientas tecnológicas permiten que las personas se conecten y colaboren en tiempo real, independientemente de las barreras físicas o temporales (Lévy, 1997). Este fenómeno amplifica el alcance y la eficiencia de la inteligencia colectiva, ya que facilita la coordinación y la integración de diversas fuentes de conocimiento.

### **La sociedad red y sus conmutadores (Manuel Castells Oliván)**

La evolución de los medios de comunicación y las plataformas digitales ha transformado no solo la manera en que se selecciona y filtra la información, como vimos en el caso del *gatekeeping*, sino también la forma en que el conocimiento se genera colectivamente, como lo ilustra la inteligencia colectiva de Pierre Lévy. Mientras que el *gatekeeping* resalta el control sobre los flujos de información y la influencia que ejercen los medios y los verificadores de hechos, la inteligencia colectiva plantea un modelo más colaborativo y descentralizado, donde el saber se construye a partir de la interacción y el aporte de múltiples individuos. Sin embargo, en este entorno aparentemente más abierto y democrático, surgen nuevas formas de poder que se distribuyen de manera desigual. En este punto, es útil introducir el concepto de sociedad red de Manuel Castells, que examina cómo los flujos de información en las redes están gestionados por nodos clave, o conmutadores, que



controlan la circulación del conocimiento, reproduciendo así dinámicas de poder incluso en sistemas colaborativos.

En la sociedad red, tal como la describe Manuel Castells en su obra *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, el poder no reside en instituciones centralizadas, sino en la capacidad de controlar los flujos de información que circulan entre los nodos de una red. Los actores que poseen la capacidad de gestionar estos flujos, conocidos como conmutadores, ejercen un poder significativo dentro de la red. Estos actores, que pueden ser individuos, organizaciones o sistemas, deciden qué información circula, qué se prioriza y cómo se enmarca, lo que les otorga un poder significativo dentro de la estructura de la red (Castells Oliván, 1996, p. 550). Castells sostiene que estos conmutadores son los «instrumentos privilegiados del poder» en la era digital (Castells Oliván, 1996, p. 550).

## Antecedentes (revisión de la literatura)

La revisión de la literatura existente permite entender cómo se han desarrollado las dinámicas en torno a la verificación de hechos, así como conocer aquellos temas ya abordados por el ámbito académico en este sentido. A continuación, se exploran los enfoques clave en cada modelo, destacando sus aportaciones y limitaciones.

### *Fact-checking* tradicional

El *fact-checking* tradicional ha sido objeto de análisis exhaustivo en el ámbito del periodismo, con autores como Graves (2016) que han investigado su crecimiento y profesionalización en medios estadounidenses. En su obra *Deciding What's True: The Rise of Political Fact-Checking in American Journalism*, Graves describe cómo esta práctica ha evolucionado hacia la adopción de protocolos claros y estándares éticos que buscan asegurar la veracidad de las declaraciones públicas. Este enfoque sitúa a los verificadores de hechos como figuras de autoridad, actuando como gatekeepers que seleccionan qué afirmaciones analizar según criterios de relevancia y exactitud. La profesionalización de este modelo no solo busca informar, sino también instaurar un estándar de credibilidad en el discurso público, lo que fortalece la confianza en los medios que llevan a cabo esta labor.

Sin embargo, este modelo no está exento de limitaciones. Nyhan y Reifler (2010), en su estudio sobre el *backfire effect*, ilustran cómo las correcciones de información falsa pueden tener un impacto contrario al esperado, reforzando las creencias erróneas en lugar de corregirlas. Este fenómeno es particularmente evidente en contextos donde existe una polarización política considerable y, por ende, donde los individuos tienden a aferrarse a sus ideas preconcebidas, incluso cuando se les presentan evidencias contrarias. Este hallazgo plantea importantes interrogantes sobre la efectividad del *fact-checking* tradicional para influir en audiencias cuya percepción está condicionada por sus afiliaciones ideológicas.

Además, Shin y Thorson (2017) analizan cómo las verificaciones de hechos se difunden en entornos digitales, mostrando que los usuarios de redes sociales tienden a compartir aquellos mensajes que refuerzan sus propias creencias políticas. Este comportamiento, al que llaman *partisan selective sharing*, revela un sesgo inherente en la difusión del *fact-checking* profesional, limitando su alcance y su capacidad para generar un consenso en torno a la verdad. En este contexto, las audiencias pueden percibir las correcciones como ataques a sus valores o ideologías, dificultando aún más la construcción de una verdad uniforme.

### *Fact-checking* colectivo

En contraste, el *fact-checking* colectivo también enfrenta desafíos propios relacionados con la dinámica de las plataformas digitales y la naturaleza del contenido compartido. Vosoughi, Roy y Aral (2018) llevaron a cabo un estudio cuantitativo sobre la propagación de noticias verdaderas y falsas en redes sociales, concluyendo que las noticias falsas tienden a difundirse más rápidamente debido a su contenido emocional y novedoso. Este hallazgo pone de manifiesto una paradoja fundamental del *fact-checking* colectivo: aunque fomenta la participación activa en la corrección de información, las mismas características que hacen atractivas las plataformas sociales pueden favorecer la proliferación de desinformación. En otras palabras, el espacio que permite a los usuarios colaborar en la corrección de información también amplifica el impacto de las noticias falsas, dificultando la resolución del problema y, en algunos casos, agravándolo.

Pennycook y Rand (2019), por su parte, exploran el potencial de los juicios colectivos en la lucha contra la desinformación. En su estudio, argumentan que los usuarios pueden contribuir de manera eficaz a la evaluación de la calidad de las fuentes noticiosas, siempre que existan mecanismos que minimicen los sesgos. Los autores subrayan que la construcción de la verdad en este modelo depende de la capacidad de los participantes para identificar patrones de confiabilidad, lo que refuerza la importancia de diseñar sistemas que promuevan la colaboración estructurada.

Zubiaga et al. (2016) amplían esta perspectiva al analizar cómo los usuarios interactúan en hilos de conversación en redes sociales. Según su investigación, las conversaciones abiertas permiten una corrección activa de rumores y desinformación, ya que los participantes tienden a compartir evaluaciones y pruebas que refutan afirmaciones falsas. Este estudio destaca el potencial del fact-checking colectivo para construir verdades compartidas en contextos interactivos, donde el debate y la corrección recíproca son clave.

### Comparación entre la construcción de la verdad colectiva vs. controlada

Finalmente, Lewandowsky, Ecker y Cook, en su artículo «Beyond Misinformation: Understanding and Coping with the Post-Truth Era», exploran la huella de la era de la posverdad en la construcción de la verdad. Argumentan que tanto los enfoques de *fact-checking* tradicionales como los colectivos enfrentan desafíos importantes para mantener la veracidad en un contexto donde las emociones y las creencias personales a menudo superan los hechos. El estudio destaca que, aunque el *fact-checking* tradicional tiende a ser más riguroso, la naturaleza abierta del *fact-checking* colectivo puede adaptarse mejor a la diversidad de opiniones, aunque ambos modelos se ven comprometidos en entornos de alta polarización.

En resumen, la literatura revisada muestra cómo el *fact-checking* ha ido adaptándose a las complejidades del entorno digital, siendo una práctica clave para intentar controlar la desinformación. En el *fact-checking* tradicional, los estudios resaltan su valor en la aplicación de estándares profesionales y el rol de los verificadores como guardianes de la verdad, aunque también evidencian

limitaciones al enfrentarse a una audiencia polarizada y resistente a cambiar sus creencias. Por otro lado, el *fact-checking* colectivo explora las posibilidades de la colaboración en redes, permitiendo que los usuarios contribuyan directamente a la verificación; sin embargo, la estructura de estas plataformas tiende a favorecer la difusión de información falsa, lo cual afecta negativamente a la precisión. Finalmente, en una era donde las emociones y convicciones personales influyen en la percepción de la verdad, los enfoques comparativos exponen los retos que enfrentan ambos modelos.

## Análisis y discusión

A la hora de comparar estos dos modelos, se debe prestar atención a diversas variables: (1) las diferencias en las dinámicas de poder; (2) la autoridad percibida de uno u otro y la consiguiente confianza o desconfianza que generan; (3) la probabilidad de resultar erróneo o manipulado; (4) la generación de sesgos en el público como consecuencia.

### Diferencias en las dinámicas de poder

Las dinámicas de poder en la verificación de hechos tradicional y en la colectiva son enormemente afectadas por la manera en que se gestionan los flujos de información dentro de cada modelo. Estos flujos, según Castells, son controlados por nodos clave que actúan como conmutadores, permitiendo o restringiendo el acceso y la visibilidad de ciertos contenidos. Aunque ambos modelos operan bajo estructuras y objetivos diferentes, los conmutadores están presentes en ambos, configurando las formas en que se construye y se distribuye la verdad.

En el *fact-checking* tradicional, los conmutadores son claramente identificables en las organizaciones periodísticas y en los verificadores profesionales, quienes ejercen un control centralizado sobre qué información se verifica y cómo se presenta. Estas entidades actúan como *gatekeepers*, filtrando grandes volúmenes de información y seleccionando qué hechos son dignos de análisis. Este proceso, aunque garantiza estándares de rigor, refuerza dinámicas de poder jerárquicas. Según Castells, estos conmutadores tienen la capacidad de moldear la percepción pública al decidir qué temas reciben atención y cuáles quedan relegados. Por

ejemplo, una organización de *fact-checking* puede optar por priorizar temas de alta relevancia política o social, pero su decisión también puede estar condicionada por factores externos, como intereses comerciales o limitaciones de recursos. En este sentido, el control sobre los flujos de información en el modelo tradicional revela una estructura altamente centralizada, donde los conmutadores están claramente definidos y operan bajo un conjunto específico de estándares institucionales.

Por otro lado, el *fact-checking* colectivo introduce una estructura aparentemente más descentralizada, donde los usuarios de plataformas digitales pueden participar activamente en la verificación de información. Sin embargo, esta descentralización es más compleja de lo que parece a primera vista. Castells señala que, incluso en redes colaborativas, existen puntos de control que concentran el poder. En este modelo, los algoritmos de las plataformas digitales actúan como conmutadores invisibles, ya que determinan qué correcciones reciben mayor visibilidad y cuáles son relegadas al margen. Estos algoritmos, diseñados principalmente para maximizar la interacción y el tiempo de permanencia de los usuarios en las plataformas, no necesariamente priorizan la información más veraz o relevante, sino aquella que se alinea con los intereses comerciales de la plataforma. De esta manera, los algoritmos introducen un filtro adicional que, aunque menos visible que en el modelo tradicional, tiene un impacto significativo en los flujos de información.

Además de los algoritmos, las cuentas con mayor alcance en las redes sociales también operan como conmutadores en el *fact-checking* colectivo. Los usuarios con una gran base de seguidores tienen la capacidad de amplificar ciertos mensajes, dando mayor visibilidad a las correcciones que consideran relevantes o alineadas con sus intereses. Este fenómeno puede ser tanto positivo como problemático: mientras que estas cuentas pueden ayudar a difundir información verificada, también pueden reforzar sesgos o priorizar narrativas que no necesariamente representan un consenso colectivo.

Un ejemplo paradigmático de estas dinámicas es el sistema de Notas de la Comunidad de X —antiguamente Twitter—. Este modelo permite a los usuarios contribuir directamente a la verificación de información mediante correcciones

públicas. A primera vista, este enfoque parece democratizar la validación de información, pero en la práctica introduce barreras que plasman las dinámicas de exclusión propias de los conmutadores.

Según Castells, «la inclusión y exclusión en las redes es una de las principales dinámicas del poder en la sociedad red» (Castells Oliván, 1996, p. 502), y las Notas de la Comunidad ilustran perfectamente esta afirmación, mostrando cómo los conmutadores operan incluso en sistemas que buscan ser abiertos y colaborativos.

Por lo tanto, el concepto de «conmutador» es clave para entender las dinámicas de poder que condicionan el acceso y la distribución de información. Ambos modelos están profundamente marcados por estas dinámicas, que configuran de manera decisiva cómo se valida y difunde la información.

### La autoridad percibida y la consiguiente confianza o desconfianza

La autoridad percibida es otro factor clave para entender cómo el público recibe y valora el trabajo de los modelos de *fact-checking*. La confianza o desconfianza hacia estos sistemas no solo depende de su estructura o funcionamiento interno, sino también de las expectativas sociales, los contextos culturales y las experiencias previas de las audiencias con las instituciones o plataformas asociadas a cada modelo.

En el caso de la verificación tradicional, la autoridad percibida proviene principalmente de la legitimidad institucional de los actores involucrados. Las organizaciones periodísticas y los verificadores profesionales suelen ser vistas como figuras de referencia debido a su experiencia, metodologías estandarizadas y códigos éticos. Esta legitimidad institucional se apoya en una narrativa histórica que asocia a los medios tradicionales con el rigor informativo y la objetividad. Para muchos sectores del público, la presencia de un logo reconocido o el respaldo de una institución consolidada son suficientes para conferir credibilidad al contenido verificado.

Sin embargo, esta percepción de autoridad también puede generar desconfianza en audiencias más críticas o polarizadas. En contextos donde los medios tradicionales han sido acusados de sesgo o parcialidad, el público puede percibirlos como

actores interesados que priorizan agendas específicas sobre la objetividad. Esto es particularmente evidente en situaciones de alta polarización política, donde las audiencias tienden a interpretar las verificaciones en función de sus propios valores y creencias. Por ejemplo, cuando un medio verifica una afirmación de un actor político, sus seguidores pueden percibirlo como un ataque ideológico, reduciendo así la confianza en el proceso de *fact-checking* profesional. Además, el hecho de que estas organizaciones trabajen bajo restricciones editoriales y comerciales refuerza la percepción de que su trabajo no siempre es completamente imparcial.

En contraste, el *fact-checking* colectivo no se basa en la legitimidad institucional, sino en la participación activa de la comunidad, promoviendo la idea de que el conocimiento colectivo es más diverso y, por lo tanto, más confiable. Las plataformas que implementan estos sistemas se presentan como espacios abiertos donde los usuarios pueden colaborar para corregir información errónea. En teoría, esta descentralización democratiza la validación de información, lo que puede aumentar la confianza en audiencias que desconfían de las élites mediáticas.

Sin embargo, esta percepción de mayor transparencia y participación también tiene sus límites. La falta de figuras expertas reconocidas puede generar dudas sobre la calidad de las verificaciones en este modelo. Además, la presencia de algoritmos que priorizan ciertas correcciones y la influencia de usuarios con mayor alcance introducen nuevas dinámicas de poder que pueden minar la confianza en el sistema. Por ejemplo, si una corrección en las Notas de la Comunidad recibe poca visibilidad a causa del algoritmo, el público podría interpretar esto como una falta de rigor o como una manipulación intencionada por parte de la plataforma —la cual también puede tener una agenda y unos intereses políticos determinados—. Asimismo, la ausencia de un estándar único de validación hace que las audiencias más críticas cuestionen la coherencia y la consistencia del proceso.

La comparación entre ambos modelos también revela cómo las audiencias evalúan la autoridad percibida en función de sus propias experiencias y valores. El público que valora la especialización y el rigor técnico puede inclinarse hacia el *fact-checking* tradicional, mientras que aquellos que buscan una mayor participación

ciudadana o desconfían de las instituciones pueden preferir el modelo colectivo. Esta división también se alimenta de las narrativas que los propios actores mediáticos y políticos construyen en torno a estos modelos, moldeando las percepciones públicas.

## La probabilidad de ser erróneo o manipulado

Por otra parte, la probabilidad de error o manipulación en los modelos de verificación es un aspecto crítico que afecta su eficacia y la percepción pública de su credibilidad. Aunque ambos modelos tienen mecanismos diseñados para minimizar errores y evitar la manipulación, las estructuras y dinámicas internas de cada uno generan vulnerabilidades específicas que merecen un análisis detallado.

En el caso del *fact-checking* tradicional, el proceso de verificación está cuidadosamente estructurado, con metodologías claras y profesionales capacitados que aseguran un alto grado de rigor. Esto reduce significativamente la probabilidad de errores accidentales, ya que las afirmaciones verificadas suelen pasar por múltiples niveles de revisión antes de ser publicadas. Sin embargo, y, una vez más, esta centralización también crea un punto único de fallo: si los *gatekeepers* de la información cometen un error, este puede difundirse ampliamente debido a la confianza depositada en estas instituciones. Además, la naturaleza jerárquica del modelo lo hace, de nuevo, más susceptible a presiones externas, como intereses comerciales, ideológicos o políticos, que pueden influir en la selección y enmarcado de las verificaciones.

Por su parte, el *fact-checking* colectivo se enfrenta a un conjunto diferente de riesgos. La descentralización y la participación masiva de usuarios pueden, en teoría, mitigar errores individuales, ya que el conocimiento colectivo tiende a corregir las imprecisiones a medida que más personas contribuyen al proceso. Sin embargo, en la práctica, esta apertura también amplifica la probabilidad de que información incorrecta o manipulada gane tracción antes de ser corregida. Esto se debe, en gran medida, a la rapidez con la que las plataformas digitales permiten que el contenido se propague. Además, la falta de estándares uniformes y la ausencia de una revisión centralizada significan que las correcciones colectivas pueden



variar en calidad y precisión, dependiendo del nivel de compromiso y del conocimiento de los participantes.

La manipulación es otro desafío importante en el *fact-checking* colectivo. Debido a que el sistema permite la participación de cualquier usuario, actores malintencionados pueden infiltrarse para distorsionar el proceso. Grupos organizados o cuentas falsas pueden coordinarse para validar información incorrecta, aprovechándose de la falta de supervisión experta. Incluso los algoritmos de las plataformas, que actúan como conmutadores invisibles, pueden ser manipulados para priorizar ciertas correcciones, amplificando errores o narrativas sesgadas.

Asimismo, las plataformas de redes sociales y foros no reflejan de manera equitativa la diversidad sociológica y política de la sociedad, lo que condiciona la *fact-checking* colectivo. La composición de los usuarios que participan en estas verificaciones está influida por factores como la migración de audiencias, las políticas de moderación y la percepción ideológica dominante en cada espacio digital. Por ejemplo, tras la adquisición de X por parte de Elon Musk y los cambios en sus políticas de contenido, una parte significativa de usuarios con posturas progresistas migró a plataformas como Bluesky. Este cambio ha modificado la distribución ideológica en X, lo que podría influir en la orientación de la verificación colectiva dentro de la plataforma. Si la comunidad de verificadores está sesgada hacia un determinado espectro político, las verificaciones realizadas tenderán a reflejar la visión predominante en la red en lugar de un consenso más amplio.

Este fenómeno no es exclusivo de X y se observa en diversas plataformas que, con el tiempo, han desarrollado perfiles ideológicos marcados. Mientras algunas atraen mayoritariamente a usuarios con posturas progresistas, otras se convierten en espacios dominados por perspectivas conservadoras o libertarias.

## La generación de sesgos como consecuencia

La manera en que los distintos modelos de verificación operan no sólo influye en la detección y corrección de desinformación, sino que también condiciona la forma en que el público percibe y procesa la información verificada. En este sentido,

ambos modelos generan sesgos en la audiencia, ya sea reforzando creencias preexistentes, alterando la percepción de la credibilidad de los medios o influyendo en la manera en que las personas evalúan la veracidad de los hechos.

En el caso del *fact-checking* tradicional, el sesgo más evidente que genera en el público es el de autoridad cognitiva. Dado que las verificaciones provienen de fuentes institucionales como medios de comunicación o plataformas especializadas, la audiencia tiende a aceptar la información validada sin cuestionarla críticamente, confiando en la autoridad de los verificadores. Este sesgo puede ser positivo en el sentido de que refuerza la credibilidad de información precisa, pero también puede hacer que el público desarrolle una actitud pasiva frente a la verificación de hechos, delegando completamente su juicio a terceros. Esto tiene el potencial de debilitar el pensamiento crítico y de reforzar la idea de que la verdad es establecida exclusivamente por entidades profesionales, lo que puede generar una dependencia informativa.

Al mismo tiempo, este modelo también puede provocar un sesgo de escepticismo selectivo en ciertos sectores del público. En contextos de polarización significativa, cuando las verificaciones contradicen creencias previas, es común que la audiencia rechace la información validada, argumentando que las organizaciones de *fact-checking* —sean medios de comunicación tradicionales, empresas, plataformas de redes sociales, ONG, o cualquier otra forma— tienen una agenda oculta o están influenciadas por intereses políticos o económicos.

Así, el *fact-checking* tradicional, al depender de instituciones con credibilidad establecida, genera tanto adhesión incondicional en unos sectores como rechazo absoluto en otros, dependiendo de la confianza previa que tenga el público en los medios que realizan las verificaciones.

En el *fact-checking* colectivo, el sesgo principal que se genera en la audiencia es el sesgo de consenso aparente. Dado que las verificaciones surgen de la interacción entre múltiples usuarios, el público puede percibir las como una representación objetiva de la opinión mayoritaria, asumiendo que lo que ha sido corregido o validado colectivamente es necesariamente cierto. Sin embargo, esta dinámica no

siempre refleja un consenso real, sino una construcción algorítmica de visibilidad. Las verificaciones más destacadas en plataformas como X no necesariamente son las más precisas, sino las que han sido más apoyadas dentro de la comunidad de verificadores, lo que introduce un riesgo de uniformidad artificial en la percepción de la verdad. Este sesgo puede llevar a que la audiencia confíe en correcciones colectivas sin evaluar críticamente su validez, cayendo en una ilusión de objetividad basada en la cantidad de votos o interacciones que una corrección haya recibido.

Otro sesgo importante generado por el *fact-checking* colectivo es el sesgo de refuerzo comunitario o de «cámara de eco». Dado que en este modelo la verificación está abierta a la participación de los usuarios, las correcciones tienden a ser aceptadas con mayor facilidad por aquellos que ya comparten la visión dominante dentro de la plataforma o comunidad en la que se realizan. Esto refuerza la formación de burbujas informativas, donde los usuarios validan entre sí información que encaja con sus perspectivas preexistentes, mientras que rechazan o ignoran las verificaciones que desafían su marco de referencia. A diferencia del *fact-checking* tradicional, donde el rechazo de la verificación proviene de la desconfianza hacia la institución emisora, en el modelo colectivo el rechazo se produce cuando una corrección proviene de un grupo que no es percibido como afín ideológicamente o que no tiene suficiente respaldo dentro de la comunidad.

En definitiva, ambos modelos no solo buscan corregir desinformación, sino que, como consecuencia de sus estructuras, generan sesgos que moldean la forma en que el público interactúa con la información.

## Bibliografía

White, D. M. (1950). *The Gatekeeper: A Case Study in the Selection of News*. *Journalism Quarterly*, 27, 383-391.

Shoemaker, P. J., & Vos, T. P. (2009). *Gatekeeping Theory*. Routledge.

Lévy, P. (1994). *Inteligencia colectiva: Por una antropología del ciberespacio*. Traducción del francés por Felino Martínez Álvarez (2004)

Castells Oliván, M. (1996). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 1: La sociedad red*. Alianza Editorial.

Graves, L. (2016). *Deciding What's True: The Rise of Political Fact-Checking in American Journalism*. University of Chicago Press.

Nyhan, B., & Reifler, J. (2010). *When Corrections Fail: The Persistence of Political Misperceptions*. *Political Behavior*, 32(2), 303-330.

Shin, J., & Thorson, E. (2017). *Partisan Selective Sharing: The Biased Diffusion of Fact-Checking Messages on Social Media*. *Journal of Communication*, 67(2), 233-255.

Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). *The Spread of True and False News Online*. *Science*, 359(6380), 1146-1151.

Pennycook, G., & Rand, D. G. (2019). *Fighting Misinformation on Social Media Using Crowdsourced Judgments of News Source Quality*. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 116(7), 2521-2526.

Zubiaga, A., Liakata, M., Procter, R., Hoi, G. W. S., & Tolmie, P. (2016). *Analysing How People Orient to and Spread Rumours in Social Media by Looking at Conversational Threads*. *PLOS ONE*, 11(3), e0150989.

Lewandowsky, S., Ecker, U. K. H., & Cook, J. (2017). *Beyond Misinformation: Understanding and Coping with the "Post-Truth" Era*. *Journal of Applied Research in Memory and Cognition*, 6(4), 353-369.